

1. Dar de beber al sediento

A mi padre nunca le había gustado el cine. Supongo que debía de tener muchas razones para ello, aunque creo que la fundamental era la misma sala de proyección, cerrada y oscura, y la promiscuidad con la multitud. Nunca nos prohibió asistir a la proyección de una película, sobre todo cuando ya fuimos un poco mayores, pero sabíamos, por el entrecejo fruncido y un rictus tirante en la boca, que no le gustaba nada: que abominaba de aquella atmósfera enrarecida y tan poco saludable de las salas de proyección. Creo que empecé a ir al cine con cierta regularidad a partir de los diecisiete años y casi siempre a escondidas o mintiendo sobre el verdadero lugar al que iba cuando salía de casa.

Durante mi niñez no había podido participar de muchas de las conversaciones y los juegos a que se dedicaban mis compañeros de clase, puesto que con regularidad tenían como tema común la película que, la tarde del domingo, se había puesto en el cinemató-

10 ANTONI MARÍ

grafo de nuestra ciudad. Se comentaba la heroicidad de tal actor o la risa que daba tal otro. En el patio de recreo se jugaba a adivinar películas, representando, frente a un grupo de espectadores, las características o los acontecimientos más sobresalientes. Yo no podía jugar a eso, ni discutir si había sido oportuno o no el que los supervivientes del ataque de los indios se escondieran en el sótano del polvorín.

Me producía una gran tristeza esa discriminación y me sentaba en el bordillo de la acera del patio de recreo jugando con un lápiz o con una ramita de pino y trazaba en la tierra extraños símbolos que, luego, borraba con el pie, nerviosamente. Mi hermano pequeño me acompañaba en muchas ocasiones, porque él tampoco podía participar en aquellos juegos que tenían el cine como tema, como condición *sine qua non*. Entonces, nos mirábamos, y compartíamos fraternalmente nuestra común diferencia y nuestra pequeña desgracia. Nos imaginábamos cómo podría acontecer aquella sucesión de heroicidades, duelos e intrínquilis. Permanecíamos callados, procurando ocultarnos mutuamente aquella mala y rara suerte que nos hacía ser tan distintos de nuestros condiscípulos, al menos en lo que atañía a los juegos, que no podíamos compartir.

Mi padre era registrador de la propiedad, riguroso, meticoloso y pulcro. Procuraba estar atento a nuestras necesidades, a nuestros estudios, que seguía muy de cerca, a nuestras lecturas y a nuestras amistades. Había escogido con atención el colegio donde cursábamos el bachillerato: un colegio laico, severo y estricto, com-

petente en ciencias y humanidades, y más bien conservador. Los jesuitas se aproximaban a su idea de la educación y de la disciplina, pero el nuestro debía ser, necesariamente, un colegio laico.

Mi padre tenía una idea muy peculiar de cómo educar a los hijos, entretenerse o disfrutar de un domingo. Mientras que para los hijos de las otras familias la llegada del domingo era esperada con una alegría inaudita, porque uno podía levantarse tarde, bañarse sin prisas, permanecer holgazaneando, los domingos eran para todos nosotros y en casi todas las ocasiones un verdadero suplicio. En todo caso, no siempre teníamos la predisposición necesaria para lo que podría sucedernos en el día del Señor.

Los domingos, mi padre nos despertaba a las nueve. Los otros días nos levantábamos a las ocho: éramos cuatro hermanos y debíamos asearnos, desayunar y preparar las cosas para el colegio. Era por lo tanto una gran deferencia el que los domingos nos dejara dormir una hora más. Después de desayunar y vestirnos, subíamos con papá al coche y siguiendo un itinerario que sólo él conocía, nos llevaba fuera de la ciudad. Aparcaba el coche debajo de un árbol y empezábamos a caminar.

Nuestras caminatas dominicales acostumbraban a tener como objetivo la ascensión de las montañas próximas a nuestra ciudad. No escalábamos, ni estábamos obligados a llevar una marcha superior a la que permitía nuestra constitución física. Sin embargo llegábamos a caminar tres y cuatro horas seguidas y, aunque po-

12 ANTONI MARÍ

díamos pedir un descanso, un cierto orgullo no exento de cabezonería nos lo impedía. Para estas ocasiones, mi padre llevaba un bastón con puño de estaño, unas botas de piel y una chaqueta verde oscuro ribeteada de negro que se había comprado en Múnich. En verano se ponía el panamá y cogía el bastón de bambú. Nosotros llevábamos pantalones bombachos con tirantes y un jersey con cremallera.

Íbamos a paso tranquilo, sin prisa, paseando, deteniéndonos frente a una planta, una roca, un promontorio o un cruce de caminos. Entonces mi padre nos hablaba de la constitución de los montes, de la formación de los torrentes, de la función clorofílica, de la rotación de la tierra: de lo admirable de la naturaleza. En muchas ocasiones nos sentábamos a su alrededor y nos leía pasajes de un libro que algo tenía que ver con el paisaje o con lo que estábamos observando; aunque por regla general la lectura no tenía que ver con nada, como si mi padre quisiera darnos a entender que era nuestra imaginación la que debía establecer la analogía entre la lectura y la realidad.

De todos los lugares que solíamos frecuentar los domingos había uno que nos disgustaba especialmente. Era una de esas montañas, próxima a las costas mediterráneas, de bosque algo espeso en la ladera norte pero de pino bajo y matas calcinadas en la del sur, y con caminos para cabras, llenos de piedras, que hacían más difícil y molesta la ascensión. En los días de primavera o en las soleadas mañanas de invierno, sudábamos copiosamente. Los pantalones bomba-

chos se nos pegaban a la piel, la camisa de franela nos asfixiaba, las gotas de sudor resbalaban por los cristales de mis gafas y me impedían distinguir los vericuetos del camino y la dimensión de las piedras que me salían al paso.

No es que fuera una montaña muy alta, no las hay por aquellos parajes, pero era tal la incomodidad de la ascensión que me sentía el más inútil, el más torpe y el más desgraciado de los mortales. Sobre todo cuando me ponía a considerar que mis compañeros del colegio estarían en el cine viendo una de aquellas películas que tanto despertaban nuestra imaginación y nuestra envidia. No era muy alta aquella montaña, pero a mí se me hacía interminable. Y no le veía sentido alguno a aquel esfuerzo, ni a la renuncia a la que me veía obligado, ni a la recompensa con que se me gratificaría por todo ello.

Cuando llegábamos a la cima, los pocos pinos, quemados y polvorientos, nos tapaban la vista y nos impedían jugar. Sólo había una fuente. Eso sí, de agua fresca. Entonces mi padre sacaba de su macuto cuatro vasos de aluminio, los llenaba de agua, introducía meticulosamente en ellos un trocito de regaliz y nos los ofrecía como el más preciado y raro de los refrescos, y el más sutil de los premios.